



# El carácter del ocioso<sup>1</sup>

*Samuel Johnson*

*Vacui sub umbra lusimus*  
Horacio, Libro I, Oda xxxii, i

AQUELLOS QUE SE HAN AVENTURADO A ESCRIBIR una columna de ensayos parecen detenerse al inicio por falta de un título adecuado. Dos escritores, desde tiempos de *El espectador*, se han apropiado de su nombre<sup>2</sup> sin pretensión alguna de herencia legítima; en algún momento se hizo el esfuerzo por revivir a *El chismoso*<sup>3</sup>, y los extraños apelativos que otros han usado en otros diarios muestran que los autores estaban preocupados, como los nativos de América, quienes se acercaban a los europeos rogándoles porque les dieran un nombre.

Le creerán sin dificultad a *El ocioso* que si su nombre hubiera requerido algún tipo de búsqueda, no lo habría encontrado jamás. Cada modo de vida tiene sus conveniencias. El ocioso, quien se habitúa a satisfacerse con aquello que puede obtener sin mayor esfuerzo, no sólo se aleja de los empeños que parecen no tener recompensa, sino que muchas veces es más exitoso que quienes rechazan todo lo que está a la mano y suponen más valiosas las cosas en cuanto más difícil es adquirirlas.

<sup>1</sup> Primer ensayo de la columna *The Idler* (*El ocioso*) que el Dr. Johnson publicó en el semanario *The Universal Chronicle*, de 1758 a 1760. Apareció el sábado 15 de abril de 1758. (N. del t.)

<sup>2</sup> *El espectador universal* en 1728, por el afamado anticuario William Oldys. *El espectador femenino* en 1744, por Eliza Haywood. A estos les siguieron *El nuevo espectador* en 1784; y por último, *El espectador del campo* en 1792. Este último es una producción de méritos considerables.

<sup>3</sup> Este intento se hizo en 1750, bajo el título de *El chismoso revivido*. Después de poco tiempo falló completamente.

*Las preciosas ridículas de Molière*





El burgés gentilhombre de Molière

Si la similitud de las costumbres es motivo para la bondad, el ocioso puede congratularse por tener el beneplácito universal. No es solamente en un personaje donde estos rasgos se acumulan; todo ser humano es, o aspira a ser, un ocioso. Incluso aquellos que parecen tan diferentes de nosotros apresuran el crecimiento de nuestra hermandad; así como la paz es el final de la guerra, la condición ociosa es el fin último de estar ocupado.

Quizá no haya un mejor apelativo a través del cual un escritor denote su afinidad con la especie humana. Siempre ha sido difícil describir al hombre con una definición adecuada. Algunos filósofos lo han llamado un animal racional, pero otros han considerado que la razón es una cualidad asequible a muchas criaturas. Se le ha llamado también un animal que ríe, pero se dice que hay hombres que nunca ríen. Quizá el hombre sea descrito con mayor pertinencia como un animal ocioso, ya que no hay hombre que no permanezca, en algún momento, ocioso. Es por lo menos una definición de la que nadie que lea esta columna puede sentirse exento, porque ¿quién es más ocioso sino un lector de *El ocioso*?

Para que la definición esté completa, el ocio no puede ser sólo algo general, sino una característica peculiar al hombre, y quizá éste sea el único ser que puede ser justamente llamado ocioso, que hace a través de los otros lo que podría hacer por sí mismo, o que sacrifica el deber o el placer ante el amor a lo fácil.

Apenas se puede imaginar algún otro nombre del que se tenga que temer menos por envidias o competencias; El ocioso no tiene rivales ni enemigos. El hombre de negocios lo olvida; el hombre de empresas lo desprecia; y aunque los que andan por el mismo camino de vida comúnmente caen en los celos o la discordia, a los ociosos se les halla siempre asociados en paz. Y aquel que es conocido por no hacer nada, siempre se contenta al encontrar a otro tan ocioso como él.

Lo que se pueda esperar de esta columna, sea cosa uniforme o variada, erudita o familiar, seria o jocosa, política o moral, sostenida o interrumpida, es algo que espero ningún lector pregunte. Que *El ocioso* tiene algún tipo de plan no puede dudarse, ya que elaborar planes es el privilegio del ocioso. Pero aunque tiene muchos planes en su cabeza, ahora se muestra reacio a comunicarlos, porque ha observado que sus escuchas son hábiles para recordar justo eso que él olvida; porque ha observado que sus demoras al ejecutarlos lo expone a las demandas de aquellos que se dan cuenta y se rinden ante el trabajo; y porque ha observado que planes harto engañosos, después de largas conjeturas y despliegues pomposos, decaen en pleno tedio sin haber sido puestos a prueba, y son descartados con sorna sin haber fallado.

Algo en el carácter de *El ocioso* puede suponer una promesa. Aquellos curiosos, interesados por la historia diminutiva, aquellos que reparan en las revoluciones al interior de las familias, y el auge y la caída de personajes, hombres o mujeres, esperarán obtener gratificación de esta columna, porque el ocioso es siempre inquisitivo y apenas retentivo. Aquel que se deleita con la condena pública y la sátira, y desea ver nubarrones agolparse en torno a cualquier reputación que lo maraville con su brillo, empuñará los ensayos de *El ocioso* con el corazón palpitante. El ocioso es por naturaleza un censor; aquellos que nunca hacen nada por sí mismos piensan que todas las cosas son fáciles de hacer y consideran siempre a quienes fallan como unos criminales.

Creo necesario anunciar que no estoy celebrando ningún contrato o incurriendo en obligación alguna. Si resulta que aquellos que dependen de *El ocioso* para su dosis de sabiduría y entretenimiento sufren la decepción que con frecuencia sucede a las expectativas mal fundadas, sólo podrán culparse a sí mismos.

No toda la esperanza, sin embargo, debe perderse. *El ocioso*, aunque desaseado, aún está vivo y puede, algunas veces, llegar al vigor y a la actividad. Puede descender a lo hondo o escalar lo sublime, porque la diligencia de un ocioso es veloz e impetuosa, como cuerpos torpes, obligados a acelerarse, que se mueven con una violencia proporcional a su peso.

Pero estos vehementes esfuerzos del intelecto no pueden ser frecuentes, y por eso él con todo gusto aceptará la ayuda de cualquier corresponsal, que le permita complacer sin realizar ningún trabajo. No excluye ningún estilo, no prohíbe ningún tema, solamente quien le escriba a *El ocioso* recuerde que sus cartas no deben de ser largas. No se deben desperdiciar palabras en declaraciones de estima o confesiones de inhabilidad; el tedio autoconsciente tiene poco derecho a ser prolijo y el elogio no es tan bienvenido para *El ocioso* como el silencio. ■■■

Traducción de Pablo Duarte

En *Contra el trabajo*, Lucio Anneo Séneca / Samuel Johnson / Friedrich Nietzsche / Bertrand Russell / Theodor W. Adorno / E.M. Cioran, Colección Versus, Tumbona Ediciones, México, 2009, pp. 27-32.

Agradecemos a Verónica Gerber Bicecci, a Luigi Amara y a Tumbona Ediciones su ayuda para la publicación de este texto.